



Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA

R
2308



69
5777 bis

Crítica situación, por MEDINA VERA

SUMARIO

TEXTO

Á NUESTROS LECTORES

DE TODO UN POCO

por Luis Taboada.

DEFUNCIÓN Y NACIMIENTO

por Ricardo de Zavala.

PALIQUE

por Clarín.

AÑO NUEVO

por Sinesio Delgado.

PLAGADO DE... PLAGAS

por Julio Poveda.

ÍNTIMAS

por Francisco Flores García.

VERDUGUILLO

por Don Gil de las Calzas Verdes.

LA COPA DEL FILÓSOFO

por V. Toscano Quesada.

CARTA ABIERTA

por Un paisano de Ramón.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

EN EL AÑO 2000

fantasía novelesca, por E. Bellamy

ANUNCIOS

*-

GRABADOS

CRÍTICA SITUACIÓN

por Medina Vera.

EN LA AUDIENCIA

por Donaz

GRANADA PINTORESCA

por Ruiz Morales.

Á ENTREGAR

por Méndez Alvarez.

LOS QUE SON Y LOS QUE FUERON

seis viñetas, por Marin.



Apesar de los esfuerzos de Eduardo, Raimundo y Paco no logra doña Marcela entrar en el... artefacto.

—¡Que no suba! ¡Que no suba! grita el público indignado. Y ella al fin dice:—Señores, no subo... porque no *cabo*.

15 CÉNTIMOS

A NUESTROS LECTORES

A semejanza de lo que hacen la mayoría de los semanarios nacionales y extranjeros, que insertan en sus columnas novelas, viajes ó interesantes narraciones, MADRID CÓMICO comienza hoy la publicación de la famosa novela del célebre escritor americano Eduardo Bellamy, titulada:

En el año 2000

No necesitamos encarecer el mérito de esta obra; su reputación es universal. Los primeros críticos de Francia y Alemania la juzgan como una encantadora y maravillosa relación de hechos fantásticos, en los que, burla burlando, expone su autor hondas y graves cuestiones sociales, dignas del más meditado estudio.

En el año 2000

traducida á todos los idiomas europeos, describe Eduardo Bellamy el estado en que se hallará la sociedad al concluir el siglo XX.

El interés de esta novela es muy superior al que despierta la mejor obra de Julio Verne.

Leed y os convenceréis.

De todo un poco.

La presentación de Tancredo en el anillo de nuestros mayores y la del apreciable siglo XX en el ruedo mundano, han sido los dos acontecimientos más salientes de la semana.

Tancredo, o terror dos touros bravos e poderosísimos, ha venido á demostrar que es condición de toda clase de brutos la de dejarse dominar por las formas externas; quiero decir que lo mismo en el mundo de los toros que en el de la política, hay personas que adquieren importancia é inspiran respeto solamente por la figura.

Que se ponga un gabán viejo Silvela; que no se cuide la barba, que se encierre los pies en babuchas de orillo, y á ver si hay dos personas que le respeten.

Pero, ya se ve, Silvela como todos los que quieren ser jefes de partido, lo primero que hace es vestirse con cierto esplendor, llevar siempre levantada la cabeza, dirigir miradas desdeñosas á sus correligionarios, no quitarse nunca los guantes ni prescindir jamás del sombrero de copa, y conservar lustroso el calzado.

Con estos elementos nadie pone en duda su importancia y así logra que no le embistan muchos de sus implacables enemigos.

Si Tancredo en vez de alzarse sobre un pedestal á guisa de estatua gloriosa se sube en un cajón vestido de mono sabio, no son cornadas las que se lleva por parte de los brutos.

Claro que Tancredo va á tener pronto imitadores. No han pasado ocho días desde que se exhibió en la plaza y ya ha recibido varias peticiones el empresario.

—¿Es usted el señor de Miembro?

—No señor, Niembro.

—Es lo mismo.

—¿Qué ha de ser?

—Pues yo era protegido del Padre Montaña ¿sabe usted? y como le han limpiado el comedero no puede hacer nada por los buenos católicos, enemigos del liberalismo y de las patadas guisadas, por todo lo cual me he quedado cesante de sota confesor como quien dice.

—Bueno ¿y qué?

—Nada, que venía á contratarme de Tancredo. ¿El se viste de comendador marmóreo? Pues yo pienso ponerme una sotana y un sombrero de teja, y á ver quién es el guapo que me embiste.

—Tomaré nota de sus deseos. Ya son muchos los que han venido con idéntica pretensión.

—No lo dudo, pero tenga usted en cuenta que el traje que pienso adoptar es el más apropiado para infundir respeto en los animales.

—Ya lo sé. El día en que se suprima la teja, habrá disminuído el número de creyentes.

—¡Claro! Como que la teja es un símbolo.

—Si, y hay siempre el temor de que le tiren á uno el símbolo á la cabeza.

Para Tancredo el final del siglo XIX ha sido una verdadera ganga. Aparte el producto pecuniario de su notabilísima labor, ha recibido felicitaciones entusiásticas y demostraciones de afecto personal.

Una señorita romántica que se perece por todo lo extraordinario y ama á los héroes, le está bordando una relojera. Antes de poner manos a la obra, ha escrito á la estatua diciéndole:

«Tancredo mío: te amo. Quiero unir mi suerte á la tuya. ¿Por qué no formamos un grupo marmóreo tú y yo, para colocarlo ante el astado bruto?

Contesta á tu—Felipa».

No sé si algún ayuntamiento habrá acordado nombrar hijo adoptivo de la localidad á Tancredo, con motivo de la entrada del nuevo siglo, ó si le habrá juntado una dote para cuando se case.

—Bien se despiden de nosotros el siglo XIX—me decía un admira-

dor de la estatua.—Nos ha dejado á Tancredo sobre su pedestal y á Tejada de Valdozera sobre la nómina.

No tenemos palabras bastantes para elogiar la conducta de algunos ayuntamientos.

El de Orense por de pronto acordó celebrar la entrada del siglo disparando varias docenas de bombas de dinamita.

Eso es hacer bien las cosas.

Al sonar la primera campanada de las trece... ¡pum... rumpumpum... pum... pum!

Y el que se haya quedado tuerto, que se fastidie.

La manera mejor de saludar al siglo es ofrecerle dos ó tres docenas de ojos, con lo cual tendrán el gusto de decir los lisiados:

—¿Sabe usted desde cuando soy tuerto? Pues desde que entró el siglo XX.

—¿Y á quién debe usted ese beneficio?

—A la municipalidad.

—Dios la bendiga.

Otros ayuntamientos crearon pensiones más ó menos pingües para todas aquellas criaturas que nacieran al sonar la primera campanada de las doce. La que naciese un minuto después, ya no podría aspirar á la suprema dicha.

Y hubo aquello de apretar todo lo posible para que no se quedara sin pensión la criatura.

—¿Te falta mucho, Manuela?—preguntaba el marido á la mujer.

—¿Qué se yo?—contestaba ella moviéndose con desasosiego.

—Pues contente hasta que den las doce.

—No sé si podré.

—Mujer, piensa en el porvenir de nuestro hijo.

—¿Qué hora es?

—Las doce menos siete. Tenlo todo preparado para cuando den las doce.

—¡Ay, ay!

—¿Qué pasa?

—Que lo voy á soltar.

—No por Dios. Contente, Manuela.

—Pero...

—Ya no faltan más que dos minutos.

—Yo no puedo más.

—Espera.

—¡Ay! ¿Cuánto falta?

—Un minuto...

—¡Ay!

—Vaya, suéltalo ya... ¡Hijo de mis entrañas! ¡Qué hermoso eres! ¡Bendito sea Dios! ¡Tan joven y ya pensionado!

LUIS TABOADA

Defunción y nacimiento.

Drama, comedia, pasillo, alcoba ó como lo quieran denominar los peritos. Obra original y en verso. Personajes: Un chiquillo, que en opinión de los torpes ya tiene un año cumplido, y que acaban de alumbrarle, en opinión de los listos, de acuerdo con el tocólogo que al duro trance ha asistido; Un sujeto, con más años que un palmar, que está gravísimo; La Experiencia, madre de ambos, y El Tiempo, un golfo muy vivo casado con La Experiencia.

—Mujer, miá que tiés tú hígado. Ves morirte al decinueve de tu prole y ni un berrido pá que la gente te oiga. —Al pan, pan, y al vino, vino. No me gusta hacer pamplinas y ya sabes que á ese chico no puó verlo ni en pintura. —A mí me pasa lo mismo. —¡Padre!—Me voy que me llama. —¡Padre... me muerol—Pues hijo y ¿qué quíes que yo le haga? —Que me cure usted.—Só pillo; pero ¿piensas tú que El Tiempo se va á poner en redículo? ¿Qué has hecho en estos cien años, dí? Gastarnos un sentido, pervertir á las personas, ensuciar los menucipios, empringar á las provincias, dar lugar á mil conflictos entre nacionales... ¡Vamos... si no estuviás con el hipo de la muerte, te rompía un alón.—No, padre mío,

perdóneme usted mis culpas que estoy muy arrepentido. —A buena hora, mangas verdes, cuando ya me has hecho cisco. Además, no te perdono que nos haigas dao el timo pá final.—¿Qué timo, padre? —El de El Haiga. Eso es inciuo. ¿Con que no iba á haber más guerras? Me la has pegao como á un chino. —¿Por qué no viene mi madre á verme?—Porque ha salido de su cuidao hace poco y la pué coger un frío por verte estirar la pata. —¡Adiós... padre!—Adiós, amigo.

Ya se ha muerto ese danzante. —Que Dios le haiga recibido. —¡Recibirle!... Ni aguantarle. ¿No ves que era muy mal bicho pá andarle con feligranas? —¿Y de este, tiés ya tu juicio formao? Será como todos los demás: bueno, al principio, pero después será un golfo. —Claro, igual que mi marido. —¿Tú quíes que se lo pregunte? —Anda, sí.—Dí, cielecito ¿Serás hombre de conduta? —Que tengo un labio partío, papá, no has que me ría. —Pero ¡chical! ¿Le has oído? ¡Habla ya!—Y con mucha gracia. —Dí otra cosita.—Pues digo que casao con La Experiencia como estás, eres un primo si no sabes que tus vástagos han de ser unos bandidos con muy malsimas tripas por los siglos de los siglos.

RICARDO DE ZAVALA

Palique.

Muy incomodado estará á estas horas el famoso polígrafo Max Nordau viendo á la gente tan ocupada en eso de celebrar la entrada del nuevo siglo.

Esa ilustre medianía, que es la admiración de muchos papanatas, se ponía furioso en su célebre libro, traducido con el título de *Degeneración*, por el afán que había de querer caracterizar las cosas con las palabras *fin de siglo*.

—¿Qué quiere decir eso?— *gritaba* Máximo, como le llamaría la Pardo Bazán y Unamuno. Un siglo no es nada más que una división convencional del tiempo... *lineal* (diría un filósofo moderno); además, el punto de partida para nuestro cómputo ordinario es una pura arbitrariedad; de modo, que no hay nada real, ni aun en el tiempo, detrás de ese cambio de fechas; no empieza ni acaba nada ahora; la vida *continua* no tiene nada que ver con esas divisiones abstractas... y en fin, Max Nordau nos toma por tonti-locos viéndonos preocupados con esto de acabar un siglo y empezar otro.

De tanta razón como tiene el Sr. D. Máximo, se pone en ridículo.

Dedicar páginas y páginas muy serias y eruditas á demostrar que no significa nada real eso de fin de siglo ó comienzo de siglo, es lo mismo que matar pulgas á cañonazos. Ninguna persona de buen sentido da valor *adjetivo*, de efectos naturales, á esos signos cronológicos tan necesarios como abstractos y convencionales.

Ya se sabe que, hasta como convencional división del tiempo, es cosa de una minoría de la humanidad lo de que un siglo se haya acabado hace unos días y haya empezado otro.

Rusos y griegos cismáticos cuentan el tiempo de otro modo que nosotros; de modo que, para éstos, no empezó un siglo nuevo el 1.º de Enero, pese á todas las *juergas* con que hemos celebrado sajones y latinos, verbigracia, el *fausto* acontecimiento. Para los turcos (verdad es que á éstos no hay que creerlos) no estamos en 1901, sino en 1318. Es decir, en el siglo XIV.

Y yo, en *vista* del P. Montaña, y *considerando* á su sucesor Salvatierra, creo que los turcos tienen razón. En el siglo XIV estamos, á no ser que tengan razón los judíos, que se consideran en el año 5661.

Todo esto, por supuesto, si no se equivoca Bailly-Baillière, que es de donde saco toda esta sabiduría, ó si no se equivocó antes el libro francés de donde *Gedeón* opina que Bailly-Baillière toma tan preciosos conocimientos.

De todas maneras, no hay motivo para darse tono, como se lo da Aguilar y Campóo, porque es ministro *dos veces secular*. Cierta es que ha sido ministro en el siglo XIX, y que gracias á su poca aprensión sigue siéndolo en el XX; pero más *secular* es la viejecita que vende á mi criada la arena de fregar. Vivió diez años en el siglo XVIII, ciento en el XIX, y en el XX no se sabe lo que vivirá. Pero ha visto tres siglos.

Casi tantos como mi amigo el conocido escritor de *dos siglos* ha.

Mucho ó poco, todos hemos *entrado en el siglo*... menos los clérigos regulares y las monjas, por supuesto.

Eso no quita que los frailes sean de los que más celebran la llegada del siglo XX con triduos, sermones (del siglo XII) y repique de campanas.

Y hacen bien... En España ¿para qué seguir contando? Aquí todo es siglo XIII.

Pero, ¿de qué sirven todos estos cuidados cronológicos, el *aureo* número, el Ciclo de la Epactas, la reforma Juliana, la Gregoriana y demás zarandajas, para un *Kronos* como el Sr. Cavestany, que baraja los siglos según las exigencias de sus ripios dramáticos?

Habíamos quedado en que la *balada* era una forma poética inventada en el siglo XII de nuestra era, por los trovadores provenzales... pues Cavestany, sin que nadie le vaya al pie, hace al cordobés Lucano, que vivió once siglos antes, cantar una *balada* en seguidillas disimuladas.

Y el mejor día, escribe una tragedia titulada *«Aquí fué Troya»*, siempre con endecasílabos suyos y muebles de Tamames, y nos presenta á Homero adelantándose *el proscenio* para improvisar unas *«estinelas»*.

Hacerle á Lucano *cantar* una balada, es lo mismo que atribuirle á Kalidasa una colección de dolores.

Con que, váyale usted con siglos á Cavestany, que no sabe en qué siglo vive, ni ganas.

Y á propósito de Cavestany.

Pido la palabra para una alusión.

Mi querido amigo el muy discreto y docto crítico teatral del *Heraldo*, López Ballesteros, entre elogios que no merezco, desea saber mi opinión respecto al punto concreto de si él alabó con ironía el *Nerón* de Cavestany. Sí, señor. Yo vi clara como el agua la ironía. Lo de *enfundar el escarpelo* era un modo de decir que no hay *dios* que pueda con el mal gusto y la ignorancia reinantes; era un arranque de pesimismo, una queja del desaliento. Yo así lo entendí. Pero, lo mejor, es hablar claro; dejarse de ironías, cuando se dirige uno á cierto respetable público de dura minerva; y pedir la cabeza de Cavestany, así como suena. La cabeza lírico-dramática, por supuesto.

Insisto pues, en mi idea de darle á Cavestany un contra-banquete.

¿Qué cómo sé da eso? Yo no lo sé.

Ello debe ser algo así como una cencerrada.

CLARÍN

*

Año Nuevo. (1)

¡Otro principio de año como todos!
Nieve en la sierra, nieblas en los valles,
los labriegos sin pan, los desdichados
que duermen en los quicios, muertos de hambre.
¡Ah! no es este el Enero que hace falta,
frío, sin esperanza ni ideales,
el que abre un siglo que será la tumba
de una nación vencida sin combates.
Es otro Enero ¡es otro! Es el que empiece
una vida distinta, exuberante,
en que sirvan los árboles podridos
de fecundante abono á los que nacen.
Un Enero en que maten las heladas
los gérmenes que viven en el aire,
y los pulmones sanos emponzoñan,
y el organismo roen como un cáncer;
gérmenes de traición y desvergüenza;
miasmas de corrupción y de barbarie
que han trocado en suspiros de mujeres
los alientos de un pueblo de gigantes.
Duerma la tierra en paz bajo los copos
salpicados de lágrimas y sangre;
pero cobra sus fuerzas con el sueño
para adquirir vigor al despertarse,
y cuando el sol deshaga, en primavera,
los blancos muros de su helada cárcel,
muéstrese tal cual es, fértil y hermosa,
más fuerte, más energética, más grande...
Perezca por el hierro y por el fuego
el viejo virus que al letargo escape,
y el aire purifique flores nuevas
brotando entre las ruinas humeantes.
Sólo á ese Enero, que tal vez no llegue,
se deben entonar himnos y salves;
pero éste es como todos, frío y triste...
¡Maldito sea! ¡El diablo que lo cante!

SINESIO DELGADO

*

Plagado de... plagas.

Desgraciadamente para mí, conozco muchas de las plagas que entristecen nuestra vida, traviesa y agradable de suyo, digan lo que quieran los pesimistas y los *noveladores* por entregas.

Conozco á muchos modernistas— ¡me parece que es una plaga de *respeto*!...—conozco infinidad de jugadores de *mus*,— ¡también hay que verlos!...—conozco á varios señores graves que han estado en Filipinas,—que cuentan y no acaban— conozco á dos noticieros metidos á críticos teatrales,— ¡que ya es metersel!...—conozco jóvenes, ricos por su cara, que publican libros— ¡y ay de mí! se los leen antes á los amigos,—conozco á algunos de los que usan á diario cinta ó botón en el ojal de la americana,—ó del *chaquet*, que es algo así como leer dos ejemplares de la Biblia en verso de Carulla,—y, por último, conozco *La cara de Dios*. He asistido á funciones de aficionados y á veladas literarias del Ateneo... ¡Creo que es padecer!...

Pues bien; todas esas plagas, culpables de tantos suicidios y epidemias y favorecedoras de las sociedades de seguros sobre la vida y contra incendios, son otras tantas bromas inocentes si se comparan con la plaga que voy á citar. A su lado, los autores cómicos son plagas de tercer orden, y los que al peinarse se se an raya detrás, plaga secundaria.

La de los cuentistas *oportunistas*, es la plaga terrible á que me re-

(1) Del Almanaque de Regino Velasco.

EN LA AUDIENCIA, por DONAZ



—Sí, señores; debo hacer presente al Tribunal que el hecho de autos ha prescripto...
—¿Cómo es eso?
—Pues ¿no consta que ocurrió el siglo pasado?

GRANADA PINTORESCA



APUNTE DEL NATURAL, por RUIZ MORALES

ÍNTIMAS

Amigo Juanito: Estás equivocado, y deseo sacarte de la cabeza los absurdos pensamientos que trastornan tu razón y llevan tu encono ciego á cometer injusticias impropias de tu talento.

Dices que Casta es infiel porque con un fiel de fechos te la pega, sin pensar que se la pegó primero á tu antecesor, contigo, y que á ese fiel, desde luego se la pegará con otro; — que esa es la ley del progreso.

Por lo acontecido, te desatas en improprios contra todas las mujeres, y hablas, sin venir á cuento, de engaños y de perfidias, de traiciones sin ejemplo...

Si ella faltó á sus deberes por tí, ¿es algún libro nuevo que hoy falte por otro, y siga, en uso de su derecho, buscando en la variedad... lo que buscan con empeño todos los seres vivientes que pueblan el Universo?

No es la mujer de estos días, es la de todos los tiempos, siempre ha pasado lo mismo, y es insigne majadero quien se queja de esas cosas y las toma por lo serio.

El amor es *subjetivo* (para cambiar de *sujeto*) y la virtud es, á veces, cuestión de temperamento, sobre todo en cierta clase

de mujeres, que sabemos lo que pueden dar de sí, por el medio en que nacieron, el aire que respiraron y lo que aprendieron luego de nosotros, que en el arte de *impulsar* al bello sexo, el más bolonio resulta incomparable maestro.

No te enfades si te digo que me resultas un *memo* de marca mayor, al verte lanzando quejas al viento, porque te ha engañado Casta. ¿Le llamas engaño á eso? Tu razón está refida con lo lógico y lo eterno.

Desengáñate: en tu caso, lo que hace un hombre discreto, que tiene mundo y que tiene la conciencia de sus hechos, es callar, y agradecer los *favores* que le hicieron, guardando de aquella *dama* un agradable recuerdo... y buscar por otro lado á sus *desdichas* remedio; que la *mancha de la mora*, según nos dice el proverbio, *con otra verde se quita*; y en vez de hacer el Otelo, con Castas ó Sebastianas, que no comprenden el *género*, *hacerse el cargo*, y no dar dos cuartos al pregonero.

Esto es lo que me parece y lo que yo te aconsejo y lo que en tu propio caso más de una vez tengo hecho.

Por la copia,
FRANCISCO FLORES GARCÍA

fiero. Cuentistas [de guardar también puede llamárseles, pues sólo usan la pluma cuando se aproximan las grandes festividades. ¿Llega Carnaval? Inundan los periódicos de cuentos alusivos. Si el autor pertenece al género cómico, ya sabemos el asunto: don Quintiliano, aburrido de la vida doméstica, decide ir á un baile; allí se enamora de un *dominó* azul—si no es azul no tiene gracia,—cuya poseedora, claro es, oculta su rostro bajo un antifaz. Baila el buen señor dos habaneras con la máscara y, lo obligado, la convida á cenar. Y entonces don Quintiliano ve con horror que la máscara es su mujer, ó su suegra, ó su portera, ó un sargento de la Guardia civil.

¿Que el autor es de los que se dejan robar filosóficamente? Lo eterno: asistió también á un baile,—el baile es el escenario obligado—en el cual un *capuchón* negro,—que es el color de la pena,—según dicen en *El barquillero*,—le robó el corazón. De alguno de éstos sé, que le han robado unos treinta y tantos corazones. ¡Y los que le robarán!... Pero él no se apura. Otra cosa sería si le robaran las pesetillas que el relato del robo—quiero decir, del cuento—por el procedimiento del *portugués*—no confundir á este portugués con Leal da Camara,—le vale. ¡Tiros habrial!

¿Nochebuena? Pues ya se sabe, el *oportunist*a mata de un golpe á toda su familia para poder decir en el cuento que ha pasado la clásica noche muy solo y muy triste. Si le da pena matar á su familia, mata á la de otro y le pone en idéntico caso. La cuestión es que alguien pase la Nochebuena muy solo y muy triste. Y esto, adornado con varios filosóficos contrastes y una copla de circunstancias, resulta á las mil maravillas.

¿Se acerca la Semana Santa? Aquí comienza Cristo á padecer. Y conste que pocas veces se ha empleado esta conocida frase con la propiedad que yo la empleo ahora. Porque efectivamente, Cristo es el que comienza á padecer en verso y prosa, en manos de los *oportunist*as capaces de levantar calumnias al propio Verbo con tal que no se les agoten los asuntos para cuentos *proprios de la estación*.

Conozco yo á un escritor de éstos que ha contado la Pasión y muerte del Salvador de veintinueve maneras distintas... y ninguna verdadera.

¿Y cuentos de Reyes? ¿Quién no sabe lo del niño pobre y el niño rico, y el no menos ponderado asunto del *bebé* que sueña con los Magos y ve al despertarse en su zapato un juguete que su madre, viuda joven y bonita, le compró á costa de un tremendo sacrificio?... Pero... en la época estamos y la realidad supera en esto á la fantasía. *Cosas veredes*...

Y ¡díganme ustedes si ésta no es la mayor de las plagas?...

JULIO POVEDA

A ENTREGAR,

por MÉNDEZ ALVAREZ



Jóvenes que á entregar
os mandan del taller,

¡cuidado con los viejos,
que van de mala fe!

Méndez Álvarez



LAS ELEGANTES



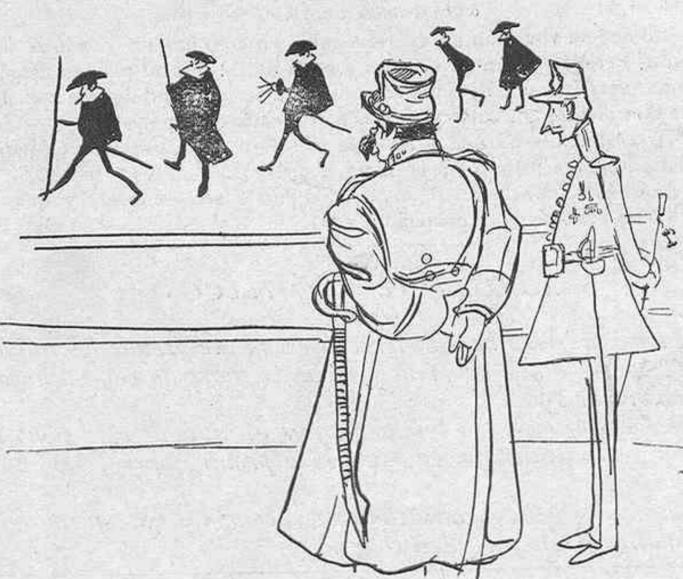
LOS GOMOSOS



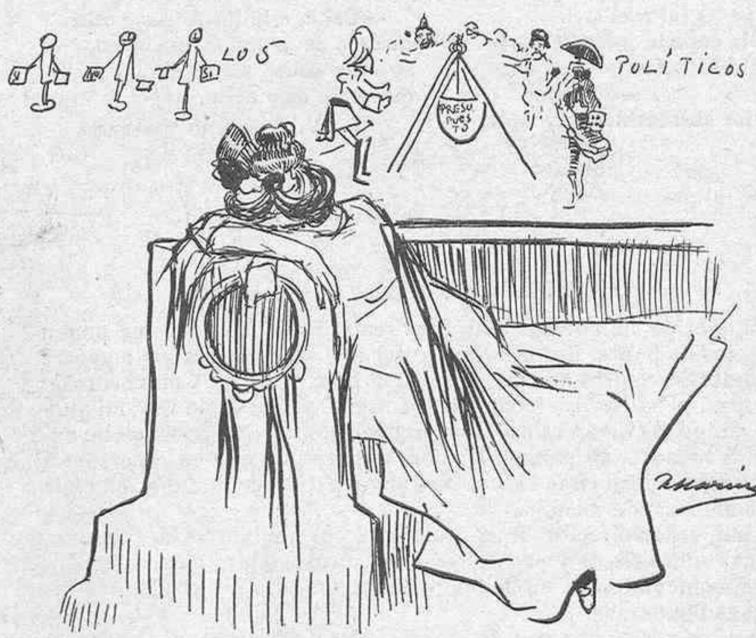
LOS BRAVOS



LAS BRAVÍAS



LOS DEL ORDEN



LOS DEL DESORDEN

Alvario

VERDUGUILLO

Al Sr. López Ballesteros, crítico del *Heraldo*, le han molestado mis apreciaciones y me dedica un extenso artículo en que quiere demostrar que él, el Sr. Ballesteros, piensa de manera distinta á la que yo supuse.

Creo al Sr. López y paso por que no haya teoría ni propósito de fundarla; mejor aún para que el crítico del *Heraldo*, si quiso entonces *salvar su criterio*, examinara *Nerón* á continuación del desahago irónico. La ocasión era de perlas para demostrarnos la *acentuada medianía* de tal obra dramática; y entiéndalo bien el Sr. Ballesteros: *para demostrárnosla*; pues es muy cómodo decir: *La obra no me gusta*, y soltar una ironía y quedarse tan fresco; pero hay que trabajar más y hacernos ver que se sabe ser crítico.

Y no vale escaparse por la tangente; es preciso seguir una secante, entrar resueltamente en el círculo y encaminarse al centro. No basta que el Sr. Ballesteros y *Caramanchel* y algún otro nos aseguren que son gacetilleros ó cronistas; que el periódico sólo exige la *relación del hecho* y otras zarandajas semejantes; no: ustedes, que hablan de arte y que tienen el deber de examinar cómo se achica ó se desenvuelve y en virtud de qué causas, deben entender que la crítica es asunto distinto de la menguada narración de lo que ocurre en un teatro. La opinión propia, que cree el Sr. Ballesteros que debe darse de *añadidura*, debe ser razonada y extensa cuando, como en el caso de que se trata, se debe convencer al público de sus errores. Y esto no es estafa periodística, como entiende el redactor del *Heraldo*; esto es, mondo y lirondo, lo que debe hacer la crítica; la crítica, sí, Sr. Ballesteros; porque si ustedes no son los representantes de ella, ¿dónde están esos representantes y dónde para esa pobre señora, que no se los ve por ninguna parte?

Si suponemos que el maestro *Clarín* no escribe, nos veremos envueltos en una soledad semejante á la del ermitaño del poeta. Balart, Picón, Palacio Valdés, han enmudecido; Valera, González Serrano, Altamira, Valbuena, escriben muy poco; Bobadilla es una pura siesta americana; Ruiz Contreras parece que se ha perdido... Se habla mucho de crítica; pero, ¿dónde para? En los *rotativos* y en *Clarín*, que lee todo lo que puede, que habla de todo lo bueno que lee y que representa, unido á Menéndez Pelayo, la *verdadera* crítica española. Porque la crítica residirá en los *rotativos*; pero, ¿tiene un asiento adecuado á su grandeza? ¿Hay en esa crítica ciencia bastante para juzgar? ¿Hay la necesaria libertad de juicio? Ahí le duele, Sr. Ballesteros; y porque yo niegue estos puntos no hay razón para compararme irónicamente con *Clarín*, Balart y Valera. Yo seguiré siendo quien soy y la crítica seguirá siendo pseudo-crítica mientras esté representada por unos cuantos señores que se llaman López Ballesteros, *Caramanchel*, Laserna, etc.

Y para concluir: si la crítica se halla actualmente en diarios de *gran circulación*, sea mala ó mediana *debe juzgar* á su manera y modo; por eso me parece muy mal, aunque al articulista del *Heraldo* no se lo parezca, que, irónica ó grave, *se vaya la crítica á paseo con el escalpelo enfundado bajo el brazo*. No: la crítica no debe enfundar el escalpelo en casos como el ocurrido con *Nerón*. Muy bien que se refiera el éxito; pero mejor aún que se examine si éste fué merecido por el autor. No debemos tolerar que se deslumbrase al público con galas aparatosas; y ustedes, Sr. Ballesteros, son los encargados de destruir el relumbrón y sacar á plaza la verdad.

Es lo menos que pueden ustedes hacer.

Y lo que menos hacen.

DON GIL DE LAS CALZAS VERDES.

✱

LA COPA DEL FILÓSOFO

Con el cráneo de su amante
labró un perincito sabio
una copa, en que solía
ahogar recuerdos infaustos.

Mas cierta vez, un buen hombre,
sin poder sufrir el asco
que la copa le infundiera,
dijo al filósofo:

—Anciano;
por los cuernos del buey Apis

y por el gran padre Baco,
¡no te repugna la idea
de beber el Chipre rancio
donde estuvieron un día

los nobles sesos humanos?
—Calla, estulto. Aqueste cáliz,
que fué de tu esposa el cráneo,
siempre estuvo más vacío
que yo le dejo de un trago.

V. TOSCANO QUESADA

✱

Carta abierta.

Sr. Director de MADRID CÓMICO.

Mi querido amigo: Las funciones teatrales de Navidad me ponen los pelos de punta. En esta época del año se estrenan los mayores disparates escénicos que pueda forjarse el extravagante más bruto de Europa... ¡Vade ratol— como dice Moisés Galeote.—Me voy, mi querido amigo, á Guadarrama. Hace mucho tiempo que no estrecho entre mis brazos á mi paisano Ramón. Usted sabe, que es la persona á quien más quiero en la tierra. No tengo pariente ninguno: él es la única afición de mi alma.

Y allí, señor director, al amor de la lumbre, mientras la «inmensa sabana» cubre riscos y peñas, él y yo y la respetable Urbana, su cara mitad, comentaremos en diálogo interesante, las novedades teatrales de la temporada.

Ya sé que la Princesa *se atascó* al empezar la cuesta de Enero, y que la Zarzuela y Romea, caminan con tanta lentitud, que es casi

seguro que no logren trasponer el picacho de la cumbre. Lo siento, pero, como decía el otro, no lo puedo llorar.

Me voy á Guadarrama. Leo que en Eslava se va á estrenar *Polvorilla*... ¡Huyamos! me horrorizan los soliloquios de aquellos actores que hablan encarándose con el público y me hacen temblar las decoraciones de Muriel.

Antes de ver *Polvorilla*, pongo pies en Polvorosa.

Hasta la vuelta, señor director. Le abraza, le quiere y le admira,

UN PAISANO DE RAMÓN

✱

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. M. T.—*Sevilla*.—No entiendo lo que quiere usted decir en los versos:

*irradia entre cabellos su hermosura
como el sol al ponerse en el ocaso.*

¿A qué cabellos se refiere usted? ¿á los de Daniel? ¿á los de Marta? ¿Y es posible que al ponerse el sol en Sevilla *irradie entre cabellos*? ¡Un lío, dulce amigo, un lío!

EL AGUA DE COLONIA de Orive se vende en las Farmacias y Perfumerías en frascos de 3 á 26 rs. Por litros con envase, 8,50 pesetas, 2 litros; 4 litros, 16 pesetas, á domicilio pidiéndola á su autor: Bilbao.

G. L.—*Torrevelaga*.—No está mal, pero después de leerla, pregunta uno:—Bueno, ¿y qué? Porque saliente cómico no tiene ninguno, como usted habrá podido observar.

SRA. J. A.—*Madrid*.—¡Pobre rosál

*pues la cortarán mañana
para bajar á la fosa.*

¿No podríamos conseguir del Ministro de Agricultura, que no cortasen esa rosa mañana? Así la ahorraríamos el disgusto que la espera y usted se tranquilizaría un poco. Hablaré con Sánchez Toca.

ANÍS VIÑAS.—Superior á todos los anisados y el preferido por las señoras. Pruébese. De venta en cafés y ultramarinos

SERRANILLO.—*Madrid*.—Un artículo hablando de los Reyes Católicos! Usted debe ser un *pater* Montaña disfrazado, que aspira al puesto vacante. No puede publicarse; amigo mío. Vea usted si en *El Siglo Futuro* se le admiten.

EL SOBRINO DE TOMASA.—Me gustan más sus dibujos que sus versos. Y dibuja usted peor que yo, que en mi vida he podido hacer un perfil de nariz aceptable.

C. C.—*Mucía*.—Mande lo que guste. Recuerdo muy buenos trabajos de usted. De las condiciones trataremos particularmente.

R. S.—*Madrid*.—Traslado su carta á *Un paisano de Ramón*. Y usted ¿por qué no manda algún articulito para MADRID CÓMICO?

P. P. EL SEVILLANO.—*Sevilla*.—Admitidos los cantares.

LOS MÁS EXQUISITOS manjares dejan de saborearse por la blandura de encías. Para evitarlo el *Licor del Polo*, el más higiénico dentífrico.

J. M.^a P.—*Madrid*.—No sirven los epigramas. A unos les sobra y á otros les falta... *intención*.

UN CUALQUIERA.—Incorrectas todas. ¿Cree usted que á los ojos se les puede llamar *vistas*? Porque esto parece desprenderse de lo que usted dice en *Rastrojos*:

*sintió que un cristal la hería
una vista y en su enojo
quedóse ciega de un ojo.*

Estas cosas sólo las firmaría *Un cualquiera*.

M. DE S. R.—*Valladolid*.—*Rarezas* se publicará. Por lo extravagante tiene gracia.

F. M. V.—*Sevilla*.—Se publicará corrigiendo alguna quintilla. Eso de *sigilismo* no puede pasar.

E. A. O.—*Madrid*.—No puedo aprovechar ninguno de los cantares.

REUMA. Se alivia siempre á la primera untura del *Bálsamo antirreumático de Orive*, 2 pesetas frasco; farmacias. Exigirlo de color verdoso.

P. C. B.—*Madrid*.—Digo lo mismo respecto á sus epigramas. Y ¡vive Dios! que hubiera querido complacerle, pues gasta las mismas iniciales que D. Pedro Calderón de la Barca.

S. S. T. S. y M. S.—*Albacete*.

*Tres poetas de afición
nos dirigimos á usted
para que nos desengañe
si nos «combiene» seguir
ó nos «bamos» á dormir.*

Puesto que su vocación no es irrevocable yo creo que les *combiene* irse á dormir. Pero no echen mi opinión á mala parte: por mí pueden ustedes continuar versificando. Este nuevo siglo va á ser muy indulgente con los aficionados al renglón corto y ¡bamos á leer cada cosa por ahí!

MOBORDOTAIX.—*Coruña*.—Aunque manda usted los dibujos en papel de oficio, no sirve usted para el oficio, y que perdonen los artistas.

D. A. E. P. KILONIDES.—*Madrid*.—No puede ser, señores, y que el siglo XX les sea á ustedes propicio... y tal.

Madrid Cómico.

El tomo primero de esta tercera época comprende los números 1.^o á 65, ó sea de principios de Octubre de 1899 á fin de Diciembre de 1900.

Los pocos ejemplares completos que quedan de este tomo se venden á 10 pesetas en Madrid y provincias y á 15 en el extranjero.

Los pedidos á la Administración, acompañando su importe en libranza ó letra de fácil cobro.

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

En el año 2000.

[1]

(FANTASIA NOVELESCA POR E. BELLAMY)

CAPÍTULO PRIMERO

Boston, 28 Diciembre 2000

Nací en la ciudad de Boston en el año 1857.

—¿Decís en 1857? Eso será un error; querréis decir, sin duda, en 1957.

—Dispensadme, pero no hay tal error. Podían ser próximamente las cuatro de la tarde del 26 de Diciembre, al día siguiente de Navidad, en 1857, y no en 1957, cuando respiré por vez primera el viento Este de Boston; y puedo aseguraros que, en aquella lejana época, poseía las mismas cualidades picantes y penetrantes que lo caracterizan en el año de gracia actual 2000. Ahora, si añado que soy un joven de unos treinta años, no me extrañará que alguien diga que esto parece una burla. Pediré, sin embargo, al lector, que lea las primeras páginas de mi libro, para convencerse de lo contrario.

Todo el mundo sabe que á fines del siglo XIX la civilización, tal como la conocemos hoy, no existía aún, bien que ya se sentía fermentar los elementos que debían producirla. Todavía no había modificado ningún acontecimiento las antiguas divisiones de la sociedad. El rico, el pobre, el ignorante, el ilustrado, eran tan extraños el uno al otro, como lo son hoy tantas naciones diferentes. Personalmente, yo gozaba de lo que representaba la felicidad para los hombres de aquella época: la fortuna y la educación. Vivía en el lujo; no me cuidaba de ningún modo de ser útil á la sociedad; encontraba muy natural atravesar la vida como ocioso, mientras que los demás trabajaban para mí. Así es como habían vivido mis padres y mis abuelos; y me imaginaba que mis descendientes, á su vez, no tendrían que hacer más que lo mismo que yo para gozar de una existencia fácil y agradable.

Me preguntaréis, como es justo, por qué la sociedad toleraba la pereza y la inacción en un hombre capaz de prestarle algún servicio; á lo que os contestaré que mi abuelo había acumulado una fortuna que disfrutaron todos sus herederos. La suma, diréis, debía ser muy grande, para que no la agotaran tres generaciones sucesivas. ¡Error! En un principio la suma no era muy fuerte. Hasta aumentó mucho, después de vivir de ella tres generaciones. Este misterio, que consiste en usar sin agotar, en dar calor sin consumir combustible, parece cosa de magia; pero, por inverosímil que parezca, así resulta muy naturalmente del procedimiento de entonces, que consistía en echar sobre el vecino la carga de vuestro sostenimiento. No creáis que vuestros antecesores no criticaron una ley que hoy encontraríamos inadmisiblemente injusta. Nos llevaría muy lejos una discusión sobre este punto. Sólo diré que el interés en la colocación de capitales era una especie de tasa á perpetuidad, sacado por los capitalistas sobre el producto del dinero empleado en la industria. En todo tiempo han intentado los legisladores limitar, si no abolir, el tipo del interés. En la época de que hablo, á fines del siglo XIX, los Gobiernos, en presencia de una organización social atrasada, habían renunciado á la realización de este proyecto, que consideraban como una utopía.

Para expresar mi pensamiento con más claridad, compararé la sociedad á una gran diligencia á la que estaba enganchada la humanidad, que arrastraba su carga penosamente á través de caminos montañosos y ásperos. A pesar de la dificultad de hacer avanzar la diligencia por un camino tan abrupto, y aunque se vieran obligados á ir al paso, el conductor, que no era otro que el hambre, no consentía que se hiciera un descanso. La parte superior del coche iba atestada de viajeros que no bajaban nunca, ni aun en las cuestas más empinadas. Estos asientos elevados eran confortables, y los que los ocupaban discutían, mientras gozaban del aire y del panorama, sobre el mérito del tiro, que iba con la lengua fuera. No hay que decir que aquellos sitios eran muy ambicionados, y que todos dedicaban su vida á procurarse uno y legarlo á su heredero. Según el reglamento, se podía disponer libremente de su asiento en favor de cualquiera; por otra parte, los accidentes eran frecuentes y podían desalojar al dichoso poseedor. A cada sacudida violenta, caían á tierra gran número de viajeros, que se veían obligados á colocarse en la lanza de la diligencia, dentro de la cual habían ido hasta entonces. Cuando se atravesaba un mal paso; cuando el tiro sucumbía bajo el peso de la carga; cuando se oían los gritos desesperados de aquellos á quienes fustigaba el hambre, y unos, rendidos de fatiga, se dejaban caer en el lodo, y otros gemían destrozados por el esfuerzo, los viajeros de arriba exhortaban á los que sufrían á tener paciencia, haciéndoles entrever una suerte mejor en el porvenir. Compraban niilas y medicinas para los heridos; se compadecían de ellos; luego, vencida la dificultad, se escapaba de todos los pechos un suspiro de alivio. ¡Pues bien, aquel grito no era más que un grito de egoísmo! Cuando los caminos eran malos, el bamboleo de aquel gran coche hacía perder, por un instante, el equilibrio á los viajeros de los puestos superiores; pero cuando conseguían volver á acomodarse en el asiento, apreciaban doblemente sus buenos sitios, se aferraban á ellos, y esto era todo el efecto producido por el espectáculo de la miseria más triste. Repito que si aquellos mismos viajeros hubieran podido asegurarse de que ni ellos ni sus amigos corrían ningún riesgo, la suerte del tiro apenas les habría inquietado.

Sé que estos principios parecerán crueles é inhumanos á los hom-

bres del siglo XX; pero he aquí las dos razones que los explican: en primer lugar, se creía irremediable el mal, se decía que no era posible mejorar el camino, modificar los arreos, el carruaje mismo, la distribución del trabajo ó del tiro. Lamentábanse generosamente sobre la desigualdad de clases; pero se concluía que el problema era insoluble. El segundo impedimento para todo progreso era la alucinación, común á todos los viajeros de arriba, que consistía en ver, en aquellos que arrastraban el carruaje, gentes amasadas de otra pasta que ellos. Esta enfermedad ha existido, no hay la menor duda, porque yo mismo viajé, en aquel tiempo, en lo alto del coche, y yo mismo estuve atacado del delirio común. Lo que hay de más curioso es que los peatones que acababan de subir al carruaje, y cuyas manos callosas tenían todavía las huellas de las cuerdas de que tiraban un momento antes, eran las primeras víctimas de aquella alucinación. En cuanto á los que habían tenido la dicha de heredar de sus antecesores uno de aquellos sitios cómodos, su fatuidad, su convicción de ser sustancialmente distintos del común de los mortales, no tenían límites.

En 1887 cumplí treinta años y era novio de miss Edith Bartlett. Viajaba ella, como yo, en lo alto del coche, es decir, para no hablar en adelante en metáfora, que su familia era rica. En aquella época en que el dinero era todopoderoso, esta cualidad habría bastado para atraer alrededor de un joven un enjambre de adoradores; pero Edith Bartlett unía, á las ventajas de la fortuna, la gracia y la belleza.

Desde aquí oigo á mis lectoras protestar:

«¡Linda, acaso; pero graciosa jamás, con las modas de entonces! Cuando el peinado formaba un andamiaje, de un pie de alto, cuando la extensión de la falda, en la parte baja del talle, desfiguraba, por medio de artificios mecánicos, las formas más que ninguna estratagemas de costurera, ¿cómo arreglarse para estar graciosa con aquello?»

Tienen razón mis lectoras; únicamente puedo contestarles que, si las mujeres del siglo XX son amables y vivientes demostraciones del feliz efecto producido por pliegues bien apropiados á las formas femeninas, mi recuerdo de sus abuelas me permite sostener que ninguna deformidad de traje puede conseguir disfrazarlas por completo y hacer francamente feas á las lindas.

Esperábamos, para casarnos, á que acabasen la casa que yo hacía construir en uno de los barrios más hermosos de Boston; porque hay que saber que la boga comparativa de los diferentes barrios de la ciudad dependía, no de sus ventajas naturales, sino del rango social de los habitantes. Un hombre rico, bien educado, viviendo entre los que no eran de su clase, parecía un extranjero aislado en medio de una raza envidiosa. Según el cálculo de los arquitectos, debía estar todo presto para el invierno de 1886. Sin embargo, llegó la primavera, la casa no estaba aún concluida, y mi matrimonio fué aplazado para una época indeterminada. Aquel retraso, á propósito para irritar particularmente á un novio muy enamorado, era debido á una serie de huelgas, es decir, á una cesación de trabajo concertada por parte de los ladrilleros, de los albañiles, de los carpinteros, de los pintores y de los gremios de otros oficios empleados en la construcción de la casa. En cuanto á las causas específicas de estas huelgas, no las recuerdo. Eran tan habituales, que nadie se tomaba el trabajo de buscar sus razones particulares. En algunas regiones industriales, la huelga había llegado á ser, por decirlo así, el estado normal después de la gran crisis de 1873. En verdad, era cosa excepcional ver á una clase cualquiera de obreros trabajar en su oficio durante algunos meses sin interrupción.

El lector que siga las fechas á que me refiero, reconocerá, en aquellas perturbaciones de la industria, la primera é interesante fase del inmenso movimiento que debía parar en el establecimiento del sistema social industrial moderno, con todas sus consecuencias.

Hoy parece esto muy claro, hasta para un niño; pero en aquella época vagábamos en las tinieblas y estábamos lejos de darnos cuenta clara de lo que pasaba alrededor nuestro. Una sola cosa era evidente: que, desde el punto de vista industrial, el país iba por un camino equivocado. Las relaciones entre el obrero y el patrono, entre el trabajo y el capital, estaban dislocadas. Las clases obreras parecían súbitamente inficionadas de un profundo descontento y de un ardiente deseo de ver mejor su suerte. El obrero pedía un salario más elevado, la reducción de horas de trabajo, mejor alojamiento, una educación más completa, una parte en los refinamientos y el lujo de la vida; demandas á que era imposible acceder, mientras el mundo no llegara á ser más rico de lo que era en aquel tiempo. Los obreros tenían idea de lo que querían, pero eran por completo incapaces de saber cómo llegar á ello. El entusiasmo con que se agrupaban alrededor de cualquiera que parecía poder iluminar su camino, daba una reputación inesperada á muchos que á sí mismos se llamaban guías, y de los cuales muy pocos poseían la menor noción del camino. Pero, por quiméricas que pudieran parecer las aspiraciones de las clases obreras, el entusiasmo que los trabajadores mostraron para ayudarse en las huelgas, que era su arma principal, los sacrificios que supieron imponerse para hacerlas triunfar, no dejaban ninguna duda sobre la terrible seriedad de sus reivindicaciones.

(Continuará.)

MADRID
Tres meses, 3,50 ptas.—Seis id., 4,50.—Año, 8.
PROVINCIAS
Semestre, 5 ptas.—Año, 9.
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 m[m]

Madrid Cómico
OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

UNION POSTAL
Un año, 15 pesetas.
VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25
Anuncios extranjeros: Ptas. 0,35 línea de 45 m[m]

Hay Cobrador práctico, activo, conocedor de moneda y afianzado. Además presentará informes de primera, por ser muy conocido en la plaza. *Atocha, 38, LA PERLA CHINA,* darán razón.—T. M. C.

**BIBLIOTECA MODERNA
ILUSTRADA**

Obras publicadas por esta Biblioteca á 50 céntimos volumen.

- I.—A. Palacio Valdés.—*Sedución.*
- II.—Jacinto Benavente.—*Noches de verano.*
- III.—Juan Valera.—*Asclepigenia.*
- IV.—Salvador Rueda.—*Piedras preciosas.*
- V.—Benito Pérez Galdós.—*La novela en el tranvía.*
- VI.—Jacinto O. Picón.—*Cuentos*

Se remite á provincias, franco de portes, enviando los pedidos, acompañados de su importe, al administrador de MADRID CÓMICO. Si se quiere recibir certificado aumentese al pedido 25 céntimos.

SERVICIOS FÚNEBRES
La Soledad
DESENGAÑO - 10.
TELÉFONO 205

BERNABÉ MAYOR
3, ESPARTEROS, 3
MADRID
Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pías, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de cocina.
LUZ ELÉCTRICA
Catálogos ilustrados gratis.



USE USTED
PETROLIO GAL PARA EL PELO
ECHEANDIA
2, Arenal, 2.

TALLER DE FOTOGRAFADOS DE PABLO SANTAMARÍA
Clavel, 1, Madrid.
ESPECIALIDAD EN CLICHÉS COMBINADOS PARA TIRADAS EN BICOLOR, TRICOLOR Y CUATRICOLOR
PÍDASE CATÁLOGO ILUSTRADO

GARGANTA Y TOSES SE CURAN CON LAS PASTILLAS PRIETO
NO CONTIENEN CALMANTES NOCIVOS
De venta en todas las farmacias.  Caja, una peseta.

OLD-BRANDY-BARCELÓ — SOLERAS FUNDADAS EN 1876 —
Puro de Vino, garantizado.
En todos los Cafés, Ultramarinos y Tiendas de España, pídase la marca **A. BARCELO é HIJOS, Málaga.**
PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

DOCTOR GARRIDO

Para curarse del estómago y otras enfermedades crónicas, ningún tratamiento mejor que el de esta casa. Para específicos nacionales ó extranjeros de toda confianza y con la mayor economía, lo mismo. Y para los que tienen fe en los preparados de esta farmacia, adjunto citamos unos cuantos en los que hay para todas las dolencias y sus precios son reducidísimos:

Pesetas.		Pesetas.		Pesetas.	
Antipirina en sellos.....	1,50	Elegante (para las pecas).....	1	Poción antiblenorrágica (al su- blimado).....	5
Antiespasmódica especial.....	2,50	Fosfato de hierro soluble.....	1	Pildoras ferruginosas.....	1
Agua especial (para flujos).....	1	Hierro dializado.....	1,25	» tonipurgantes.....	1,50
Aceite de hígado de bacalao.....	1	Inyección.....	1	Purgante agradable (manita).....	1,50
Agua de Colonia (litro).....	4	Jarabes pectorales, desde.....	0,50	Pomada anti oftálmica.....	0,50
Alivio de los niños.....	1	» de quina.....	1	» anti hemorroidal.....	0,50
Amargo (para el apetito).....	1	» quebracho.....	2,50	» anti herpética.....	1
Agua de Azahar.....	1	» rábano iodado.....	1, 2 y 3	» antisifilítica.....	2,50
Bolos digestivos.....	3	» lactofosfato de cal.....	2	Poción para la solitaria.....	5
Bálsamo antirreumático.....	2,50	» de hipofosfito de cal.....	2	Pastillas clorato (comprimidas) ..	0,25
Brisa (para el mareo).....	5	Jarabe (f. m. l. a) Gibert.....	2,50	Refresco pectoral.....	5
Bálsamo Opodeldoch.....	0,50 y 1	Kola granulada.....	5	Rob depurativo.....	2 y 3
Crema de bismuto.....	3	Licor de Irea.....	0,75	Solución iodo de hierro.....	1
Citrato de magnesia.....	1	Limonada.....	1	Vide (para el dolor de muelas) ..	1
Cápsulas creosotal.....	4	» en polvo.....	0,50	Vino de quina, desde.....	1
» Cojaba.....	1	Pastillas pectorales.....	0,50	» iodotánico.....	3
» aceite ricino.....	1	Perlas de éter.....	1,50	» kola y quina.....	3
Depilatorio.....	1,50	» sándalo.....	2,50	» hemoglobina.....	2,50
Emulsión.....	2	» esencia trementina.....	1,50	» pepto.....	2,50
Esencia de zarzaparrilla.....	0,50, 1 y 2	Pildoras antinerviosas.....	2,50	Ungüento Palle squi (para úlceras) 0,75 y 1,50	
Elxir dentífrico.....	1	Polvos cicatrizantes.....	1		

Se mandan directamente á los enfermos de provincias, y en Madrid á domicilio.—Teléfono 111.
LUNA, 6

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.